

Miguel Ángel Ladero Quezada
“Las fiestas en la Europa medieval”.
Madrid, Dykinson S.L., 2016, 291 págs.

El estudio de las fiestas a lo largo de la Edad Media abre una ventana para comprender los aspectos más diversos de la sociedad del periodo. Como plantea Miguel Ángel Ladero Quesada, la fiesta era “el acontecimiento comunicativo por excelencia”, pues allí se observaban de cerca y de lejos a los actores que la involucraban; un espacio propio, pero que convivía y dialogaba con lo cotidiano.

En sus reflexiones iniciales, el autor destaca la riqueza de la época de estudio porque la Edad Media “fue un periodo denso y creativo en la elaboración de las fiestas”, donde más allá de lo teatral, fueron un “medio de explicarse el mundo y de estar los hombres en él”. A su vez, distingue tres elementos esenciales para definirlos. El primero como una o varias formas de sociabilidad, ya sea solidariamente o estableciendo jerarquías, como inversión y crítica social o, también como consolidación del orden social. Un segundo elemento está en relación

con la diversión. Es decir, el juego o lo lúdico como plantea Huizinga, participa como forma de actividad y función social; se involucra en la vida cultural y forma parte de la fiesta. Finalmente, está presente el inconsciente colectivo, donde las dimensiones de lo sagrado y lo profano se entremezclan, siendo difícil identificarlas en sí mismas.

La festividad también posee otros vínculos socioculturales. El autor reflexiona sobre las fiestas y su tiempo, lo que es esporádico versus lo que trasciende, por ende, lo cotidiano y lo que rompe con él. La fiesta también dialoga con el sistema productivo, pues atenúa los momentos de escasez, siendo un medio propicio para conjurar los mismos. La fiesta es historia social, pues allí se visibilizan las redes, las formas de cooperación y la representación del poder.

El autor clasifica las fiestas en tres tipos: las del calendario eclesiástico, las extraordinarias, producto de los acontecimientos políticos y militares,

y finalmente, las relacionadas con el ciclo de la vida. A partir de ello, desarrolla cuatro apartados ricos en detalles, que dan luces de la intensidad de la vida y las múltiples manifestaciones sociales.

En el primer apartado, el autor define las fiestas del calendario, donde casi la tercera parte del año se detenía en función del ciclo litúrgico, que recorría la vida de Cristo, las celebraciones marianas y las festividades de santos. Las de invierno comenzaban el 24 de diciembre con la celebración de Navidad y le seguían Epifanía y la fiesta del obispillo. En todas ellas perduraban tradiciones ancestrales; las fogatas, aguinaldos, limosnas y prácticas adivinatorias eran comunes y convivían con los ritos religiosos. Durante febrero, además de las festividades marianas, destacaba el Carnaval que anunciaba la llegada de la Cuaresma. Era el espacio propicio para la crítica e inversión social, donde los bailes giraban en torno a las hogueras nocturnas, había desfiles y corridas de gallos en medio de mujeres y hombres enmascarados. La primavera llegaba con la Anunciación de María, pero lo que se vivía más intensamente era Semana Santa; allí los templos congregaban a la población, deteniendo el repique de las campanas y representando la Pasión y Crucifixión. El Corpus Christi, secundaba a la anterior, pues era un espectáculo visual de desfiles de gigantes, enanos y cabezudos junto a autoridades, gremios y cofradías. La llegada

del verano se inauguraba con rogativas y guirnaldas, donde el árbol de Mayo y San Juan eran protagonistas. Las festividades religiosas coincidían con los intensos trabajos agrícolas.

Las fiestas cívicas fueron fundamentales en el mundo urbano de los últimos siglos medievales. Existían diversos motivos para congregarse; la celebración del santo patrono de la ciudad, algún acontecimiento histórico, el comienzo de una feria, entre otros. Allí se reforzaban las solidaridades de grupo, la ideología y simbología del poder. Lo mismo sucedía con las abundantes festividades de gremios, cofradías y diversas asociaciones que recordaban a su santo patrón y se agrupaban en los barrios, parroquias o espaciados diferenciados como señal de identidad. Pero también el ciclo de la vida daba motivos para celebraciones familiares. La llegada de un niño o una niña se iniciaba con el rito del bautismo, donde parientes, padrinos y madrinas se congregaban en las puertas de la iglesia. Le seguía el matrimonio con complejas estrategias familiares, donde la dote y las solidaridades de grupo cobraban protagonismo. Finalmente, la muerte, cubierta por un manto de luto y ritos funerarios, que iban desde el velorio hasta el entierro del difunto. En los últimos siglos del periodo, se multiplicaron las mandas testamentarias, los cortejos fúnebres de los más ricos, que iban acompañados de ágapes funerarios para los más pobres.

Un tercer apartado se detiene en las fiestas extraordinarias, políticas, cortesanas y caballerescas, las cuales fueron el escenario ideal para la ostentación del poder de la aristocracia y la monarquía. Las entradas reales eran planificadas con antelación, donde se organizaba el alojamiento, reparaban caminos, se limpiaba la ciudad y se preparaban las vestimentas. Éstas estuvieron cargadas de elementos simbólicos como arcos, castillos y personajes alegóricos que representaban el buen gobierno y la legitimidad real. Así también las celebraciones de nacimientos, bodas y funerales reales eran escenarios propicios para la exaltación del poder y manifestación del orden social. Las fiestas cortesanas eran un espectáculo visual para los participantes que identificaban claramente las jerarquías. Las entregas de regalos, la exposición de vajillas, el teatro y la danza fueron elementos permanentes en aquellos espacios.

Un último ámbito desarrollado por el autor tiene relación con los elementos que componen la fiesta. Aquí está presente lo lúdico y el valor del juego en todas sus dimensiones, donde se percibe la intensa interacción entre lo sacro y lo profano, como también la perduración de tradiciones ancestrales. Los torneos y justas fueron un medio de preparación para la guerra, pero con el paso del tiempo fueron convirtiéndose en “rituales sacralizados” con una compleja reglamentación y competencia. Se suman a ellos, las corri-

das de toros y la cacería, espacios protagonizados por nobles que develaban su superioridad social. Pero también existieron juegos populares que fueron más o menos tolerados y vigilados por las autoridades de la época, como los juegos de azar, la pelota, los dados, naipes y ajedrez, entre otros. En fin, todos ellos formaron parte esencial de las diversas fiestas que interrumpían, pero amenizaban lo cotidiano.

El libro de Miguel Ángel Ladero Quesada es una ventana abierta para adentrarnos en una historia de sociabilidades. Las fiestas pasan a ser un espejo de una realidad compleja que involucra lo ritual, pero que se detiene en las jerarquías, en las tensiones de la época, la crítica e inversión social, tan evidentes a través de las diversas celebraciones. A su vez, observa los ritmos, el tiempo, los espacios detenidos que rompen con lo cotidiano, pero que son esenciales en la vida diaria. Allí se percibe la prolongación de tradiciones antiguas y cómo lo sacro y lo profano conviven permanentemente al interior de las iglesias y fuera de ellas. El inconsciente colectivo y lo simbólico se manifiestan en todos los rincones de las ciudades bajomedievales.

El autor nos entrega una historia escrita, pero que se traduce en múltiples imágenes sensitivas para el lector. Los diversos ejemplos de ciudades europeas nos trasladan a personas, objetos y coloridos vivos que están en permanente movimiento. La riqueza de su análisis se debe a su capacidad de vi-

sualizar, definir y clasificar lo festivo en todas sus dimensiones, sin olvidar y diferenciar el rol de lo lúdico, como bien lo define Huizinga.

Jacques Heers destaca la importancia del estudio de las fiestas pues son “testimonios apasionantes sobre la verdadera cultura popular del pasado” y, por ende, una puerta de entrada para conocer los complejos entramados de la sociabilidad urbana de los últimos

siglos medievales. En este sentido, el autor abre nuevos desafíos para estudios posteriores, pues sería interesante pensar la fiesta y sus manifestaciones, desde una mirada interdisciplinaria que problematice la intensa necesidad de festejar y profundice en ello, a través de las fuentes del periodo.

XIMENA ILLANES ZUBIETA
P. UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE